**Séptima sinfonía**

Alei Lomartti

Me encuentro en un lugar donde hombres y mujeres estamos condenados a reprimir nuestra naturaleza; nos han prohibido expresar emociones y pensamientos, obedecemos las leyes impuestas por las máquinas que han sido creadas a nuestra imagen y semejanza. Siento una terrible soledad que oprime mi interior, lo único que me mantiene vivo es la configuración de mundos posibles donde puedo escapar.

     Estoy solo en esta enorme habitación, apenas iluminada por la luz de un cielo pálido y lechoso que atraviesa los ventanales. Mientras espero a la enfermera, imagino que una mujer viene a entregarme una invitación para asistir a un concierto. Ella trae consigo una bolsa llena de papelitos, en cada uno está anotada una serie numérica, supongo que la serie indica el número de asiento asignado para cada invitado, tres, seis, nueve, doce...  La mujer es de mediana estatura y lo que me atrae de ella es su labial rojo y el abundante cabello negro que contrastan con su piel amarilla. Lleva puesto un vestido negro con lentejuelas que adornan sus senos. Me entrega uno de aquellos papelitos, yo lo sostengo y en ese momento su mano helada roza mi mano, ella sonríe discretamente, noto que ese acto le ha dado cierta vergüenza o finge ese gesto de empatía. Su piel es extremadamente lisa, semejante a la de una muñeca, pienso que está envuelta por un halo de misterio.

      Acepto la invitación para asistir al concierto. El auditorio es grande, las butacas están acomodadas en forma semicircular, al fondo, se encuentra el espacio designado a los músicos, arriba, hay enormes lámparas que reflejan a las personas, las hacen ver diminutas y multiplican su imagen, los espejos de esos reflectores son hexagonales; me gusta pensar que es como si estuviéramos dentro de un panal de abejas que han sido civilizadas para mostrarnos el prodigioso arte de la música. Cuando me adentro más al lugar, sin quererlo, busco a la mujer de los boletos y por casualidad la veo caminar por donde se encuentran los asientos de abajo, para mí, como para muchos, nos han sido asignados los asientos de arriba, sólo los privilegiados pueden disfrutar de cerca el concierto; sólo para ellos está permitido ver una espléndida imitación de la emoción humana que se condensa en la ejecución de las piezas musicales. Ella está acompañada de un hombre alto que también viste de negro y, para mi sorpresa, ambos rebasan la línea que divide al público de los artistas, «¡Son músicos!» Grito para mis adentros: «¡la hermosa mujer es músico!». Este descubrimiento me entusiasma aún más, puedo sentir como mis latidos se aceleran y las articulaciones de mis manos se tensan, como si yo mismo fuera a interpretar aquella pieza.

     Decido sentarme en una de las butacas que están al centro, un hombre mayor me mira con cierta extrañeza y se sienta a mi lado derecho, alcanzo a ver que sus manos no son completamente de carne y hueso, la parte superior de los dedos es metálica, las uñas azuladas brillan por la luz de las grandes lámparas hexagonales. Los asistentes siguen entrando al auditorio, aquellos seres parecidos a mí van con torpeza buscando los lugares desde donde apreciar el concierto. A mi lado izquierdo, se sienta un infante que lleva puesta una bufanda color carmín que le cubre por completo el cuello, lo que me llama la atención de aquellos seres es su palidez porque no es uniforme, en algunos tiene tonos amarillos y en otros pueden verse tonos grises o la combinación de ambos. El niño, o lo que parece ser un niño, tiene un ligero tono gris en el rostro, voltea hacia mí, me mira y sonríe, yo también sonrío y es la primera vez que lo hago sin pensarlo con demasiado detenimiento.

     Una voz masculina que viene desde el fondo anuncia la primera llamada para los músicos, y nos advierte que, en cuanto inicie el concierto, apagarán las luces de las grandes lámparas del techo y sólo dejarán encendidas las luces laterales. El auditorio está casi lleno, sólo hay algunas butacas vacías, me pregunto si soy el único humano en aquel sitio. Veo caminar a la mujer que se ha convertido en la luz que ilumina mis oscuras meditaciones, ella gira la cabeza en dirección a las butacas de arriba donde yo me encuentro, no puedo disimular el nerviosismo que me provoca su lejana mirada. Al fin se cierran las puertas. La misma voz masculina anuncia la segunda llamada, los músicos están probando sus instrumentos, algunos se saludan entre sí y otros se acomodan la corbata. Los seres femeninos miran sus zapatos y retocan con las manos sus peinados exóticos, algunas llevan flores en la cabeza como si fueran coronas y otras llevan plumas de ave que las hace ver más altas de lo que realmente son. La extraña mujer de los labios rojos es la violinista principal, cuando entra en escena el director de la orquesta le tiende la mano. Ambos estrechan respetuosamente sus manos en medio de los aplausos del público y, momentos después, el director nos presenta el programa del concierto de la Séptima Sinfonía de Dmitri Shostakóvich, Opus sesenta. Primero tocarán el Allegretto y después el Moderato, al final tocarán mi movimiento preferido: el Adagio.

      Al fin comienza el concierto después de las palabras del director de orquesta, todos esperamos con ansias la ejecución de la pieza, momentos después, la armonía que llega a mis oídos es indescriptible, imagino un campo lleno de flores silvestres y puedo oler su aroma, veo la luz solar que se refleja en los charcos; supongo que ha llovido durante la noche y es el día el que despierta los sabores de aquel paisaje artificial. Algo interrumpe mis visiones mentales, es el infante que empieza a sentir cierta incomodidad, su madre le retira la bufanda y le da una botella con agua, cree que es el calor lo que ha producido su inquietud y entonces observo con atención su cuello que ha quedado al descubierto, está hecho de metal, puedo ver cómo los cables se mueven cuando el niño traga el agua, esto me provoca un miedo terrible; siento temblar mis piernas mientras escucho el segundo movimiento de la pieza de Shostakóvich. Este ambiente mecánico me paraliza y no puedo dimensionar lo que ocurre. Veo al anciano que tengo a mi lado y él también me mira, acerca su rostro al mío, pero yo retrocedo, gira la cabeza y me parece escalofriante cómo se inclina lentamente hacia el piso, aquel movimiento me permite ver a la mujer que se encuentra sentada a su lado, su rostro está cubierto por una capa metálica que parece una máscara, ella voltea a verme y sonríe. En un acto impulsivo, me levanto de mi asiento y empiezo a golpear con fuerza al anciano que está a mi lado. Escucho sus chillidos parecidos a un motor descompuesto. Mis manos comienzan a sangrar; siento la dureza del metal en cada golpe. Intento parar, pero una furia me anima a seguir, hasta el momento en que la anciana y otras réplicas me toman con fuerza para sacarme del lugar.

      Me dejan en el pasillo como si fuera un objeto. Logro incorporarme y busco la salida. De pronto, veo a la violinista que se acerca a mí. Ella toma mi mano, siento sus dedos helados mientras escuchamos el Adagio y caminamos a lo largo del pasillo. Miro cómo la luz de un pálido cielo lechoso atraviesa los ventanales, la mujer mete en mi boca unas pastillas y yo caigo al piso, lo último que veo son los tobillos metálicos de la enfermera que viene, como cada mañana, a intentar controlar mis impulsos de humanidad.